

FUGA Y CONTRAPUNTO EN LA POESIA  
DE JULIAN MARCHENA

DISCURSO DE INCORPORACION  
A LA ACADEMIA COSTARRICENSE  
DE LA LENGUA

*Dr. Jorge Charpantier García*

22 DE NOVIEMBRE DE 1985

20 DE FEBRERO DE 1986 - CORRESPONDIENTE REAL  
ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Hemos escogido como eje de nuestra disertación el quehacer poético de Julián Marchena, no porque su reciente ausencia física nos haya impulsado al homenaje, sino porque su permanente vida merece una incansable búsqueda de respuestas al misterio del dolor, a la luminosa agonía de saber la vida como inseparable conciencia de la muerte y a esa insistente afirmación de la belleza calada en el verso, esculpida a la lumbre amorosa del poema.

Seis motivos serán nuestros compañeros de ruta: el poeta y el poema; el paisaje; el tiempo; el amor y el vuelo supremo. Ellos se nos han revelado horizontal y verticalmente, y de aquí que si "fuga" es huida presurada o la mayor fuerza o intención de una acción, lo es también aquella composición que gira sobre un tema y su contrapunto, repetidos con cierto artificio por diferentes tonos. De las definiciones toma su estatura el contrapunto como concordancia armoniosa de voces contrapuestas. "Alas en fuga" es todo esto: huida apresurada, fuerza, intención, tema en diferentes tonos y concordancia de voces que se atraen y se rechazan hasta encontrar la infinitud de la armonía.

Es la hora. Entremos apasionadamente en la tierra del alma. Debemos compartir lo sagrado y lo profano; desnudar el éxtasis y sentirnos amorosamente culpables de tanta confesión, articulada por esa tan humana esperanza de que el hombre no va y viene del polvo, sino va y viene del infinito.

Nadie más celoso y a la vez humilde que el poeta cuando encuentra la voz propia en el poema. Es el único que conoce la rebeldía de los laberintos, las incontables batallas entre el sentir y las palabras. Antes de ser verso, la palabra es corteza, piedra viva, barro en la frontera de la estrella; luego es árbol, escultura de redondeces, canción definitiva y única. Todo esto nos enseña por qué el poeta crea en alegre soledad sin importarle quién va a ser herido por su vuelo; le basta haber echado a volar esa canción. Julián Marchena nos lo dice:

"...como lluvia policroma de luces  
desgránase en arpegios mi canción.  
¡Qué más da que se pierda en una ráfaga  
sin que nadie supiera que existió!  
En la fortuna o en la adversidad,  
en la alegría como en el dolor,  
hasta el instante en que deshecho en música  
en ella se me vaya el corazón,  
a pesar de saberla tan efímera  
he de seguir cantando mi canción."

Poema y vida constituyen para el poeta un anillo cerrado. Su existencia carece de sentido si no puede llevarse hasta el acto único del poema. Si en la constante experiencia algo duele, también duele la piel del poema. Algunas veces el poeta siente que alguno de sus universos claudica; esto se traduce en una profunda desolación. Todo se torna sombrío. El blanco de la perfección se queda en la mitad de su camino y el poema se siente no nacido. Este es el tono de nuestro poeta cuando su yo lírico dolido dice:

"...por eso en mi existencia todo tiene  
algo de mármol roto o verso trunco."

Nadie más insatisfecho que el poeta; constante interrogador es a la vez atacado por una especie de ansiedad que le obliga a desear con pasión lo inalcanzable. Ya los poetas románticos lo habían propuesto como ebriedad de vida y los parnasianos y simbolistas como desbordada melancolía. Duro trabajo para el alma este sentir y no querer sentir, esta extraña vocación por lo que no termina, pero deja un sabor a futuro condicionado a lo que pudiera haber sido si hubiera terminado.

El poeta es víctima de un soñar lo no sabido. Se entrega con deleite a la realización de experiencias cargadas de incertidumbre, y crea esa realidad en el más hermoso espejismo de lo verdadero. Julián Marchena acostumbrado a estas vivencias, escribe:

**"Este raro designio no me aqueja,  
sólo me embarga de melancolla:  
lo inacabado es bello porque deja  
la inquietud de saber lo que sería."**

El poeta padece de un estado febril. Existe una temperatura lírica que sólo le es permitida al genio tocado por el veneno de la rima. Mientras alrededor todo se consume hielo, dentro del poeta la cordura deja paso a la divina demencia. El poeta es en sí mismo un incendio que nunca arrasa con la vida entera; incendio que disfruta en ser ardor sin permitir que la sed alcance el nido del agua.

Cuánta desesperación acumula la noche para que el poeta no tenga tregua, para que no descansa esa quemante llama. Son largos los caminos de la noche para el poeta. A veces los insomnios permiten eternos viajes por lo desconocido; a veces iluminan lo que ensombreció la luz del día, pero siempre parecen prolongaciones de una muerte aún no sentida de esta experiencia, la voz del poeta:

**"Para alejar de mí la fiebre impura  
con que el tráfigo diario nos apremia,  
paso noches, insomne de locura,  
al fulgor de mi lámpara bohemia."**

Nada más cierto que hacer el poema, es cantar. Pero que no se confunda con la diáfana alegría, porque siempre es el dolor la materia más noble con la que el poeta trabaja. Todo le hiere, aún aquello que los demás piensan que no tiene la agudeza de una espina. Todo es arista que traspasa la carne para conmover la escondida sangre de la rima. Julián Marchena, como Juan Ramón Jiménez, vino al mundo ya herido; por eso hubo de dolerle tanto la cárcel de la vida.

No es generoso lo cotidiano con aquel que nace poeta sin piel y sin alivio. Las prisas, los pequeños anhelos, las insignificantes preocupaciones, se vuelven como lobos contra el cuerpo del poeta en manifiesta orfandad. Este ser extraño no puede ni siquiera aparentar que convive como todos los otros seres; nace señalado y muy pronto los demás descubren que es el vidente, el que se atreve a penetrar hasta lo más hondo para descubrir lo más oculto del dolor, y el poeta está obligado a decirlo:

**"...y si del dolor te hiere con su puñal certero  
¡sé como las guitarras que sollozan cantando!"**

El poeta que vive como tal, tiene la necesidad de la contemplación para apresar en esos interminables instantes la energía que le ayude a sostener el peso del mundo. Esta contemplación es también libertad. El acto de contemplar es para Julián Marchena la puerta que le permite escaparse de lo cotidiano, de "la prosa vana":

"Para librarme de la prosa vana  
y contemplar de la ilusión el vuelo,  
me paso largas horas de desvelo  
asomado en silencio a mi ventana."

El poeta es algo más que un intermediario, es un elegido. Elegido para soportar sobre sí mismo el variado drama que siglo tras siglo se repite en la humanidad. El poeta lo es, no frente a la realidad, sino con la realidad. En posesión de ella sabe enseñarnos que el hombre es un ser débil y suplicante y que dentro de la soledad sufre la amarga tristeza de estar vivo.

La poesía que sale del alma del poeta, se hace sonora, sale el canto; entonces nos preguntamos si ese canto no lo habíamos oído antes, porque suena a voz de siglos.

El poeta sale al mundo grávido de amor y generoso en su insistencia sobre aquello que aún no se ha comprendido. El poeta es el hacedor del hombre y de sus emociones; para ello toma el mármol de la palabra y una vez esculpida la hace comunicación, belleza. Todo esto nace de la necesidad del desprendimiento; es entonces cuando nosotros recibimos esas notas del dolor, de la muerte, de la soledad; todo en la redonda frase que termina por encerrarnos inevitablemente.

El poeta inventa siempre eternos cuerpos. Sabe que lo cotidiano necesita que se le diga siempre con nuevas entonaciones, para que el espíritu no se acostumbre a pequeños y enquistados caminos, sino a la grandiosidad de la belleza.

Julián Marchena es el poeta que enseña y purifica a la vez, el que nos tiende el hilo, la pequeña luz. Nunca se permite el descanso; abre el surco, pero siempre cree posible más ancho el camino. Es el secreto del poeta: hacer perenne aquello que posee la capacidad de romperse; sacar a continuas claridades lo que el miedo del hombre sostiene en lo oscuro.

Julián Marchena supo mostrarse siempre portador de lo bello, testamento de verdades. Por eso Julián Marchena nos da siempre lo que él afirma:

"...un poema de nítida factura  
forjado con amor y verso..."

Si bien las estrofas que cito a continuación, el poeta las escribió inspirado en el poeta alajuelense Juan Santamaría, deseamos repetir las emocionados para que envuelvan el nombre de Julián Marchena:

"Pero, libre por fin de nuestro lodo,  
todo lo tiene ya, pues lo dio todo.  
Patria, cuando recuerdes a los que amas,  
ora por tu más fúlgida presea:  
aquel que te ofrendó, como una tea,  
su palpitante corazón en llamas."

En Julián Marchena el paisaje deja de ser mera descripción de la naturaleza o elemento ornamental del poema, para convertirse en descubrimiento de interioridades. Nubes, hojas al viento, cielos azulados, montañas y mares, son otros desde el cosmos poético, y al decir esto reconocemos en la otra realidad del creador, el universo traducido en múltiples sentimientos.

En "Marinas" y otros poemas, Julián Marchena atrapado por la contemplación del mar transforma y reelabora esta vivencia:

"...está el mar adormilado  
en la calma de la hora."

El poeta no puede dejar pasar la obsesiva lucha entre las ataduras de lo material y el ansia de ocultarse:

"...mar adentro se ha esfumado  
una barca pescadora."

El atardecer no es luminoso para el alma del poeta; tampoco lo es el mar:

"Sobre el mar color de acero  
trama la espuma su encaje;..."

Detrás de esa "barca pescadora", quedan los otros, también serenos y tristes; son "...los barcos mecidos/en una suave cadencia..."

La "barca pescadora" se hace detalle de lo femenino, presencia imaginada que consuela al ausente:

"Silba el viento en las jarcias temblorosas,  
el velamen se comba como un seno;..."

El mar y la noche, inseparables compañeros, constituyen también alimento poético para el creador, y éste se hace solidario, con profunda nostalgia, del sufrimiento que ahora viven ese mar y esa noche, heridos por el peso de los tiempos modernos:

**"Desde que se miraron en remotas edades  
la noche y él han sido camaradas sinceros: . . ."**

.....  
**"Hoy que su indócil lomo domeña el trasatlántico  
su rumor ya no tiene sonoridad de cántico.  
Afrodita no existe. Neptuno es sólo un nombre.**

**Y al recordar los tiempos de su invicta potencia,  
con un ronco gemido de funeral cadencia  
se estremece y solloza como el pecho de un hombre."**

Ningún momento del día se vuelve para el poeta más coincidente con su estado de alma, como la tarde. Pero no la tarde alargada en plenitud de sol y celaje, sino ese momento en el que parece que la vida desprende su hilo y se entrega fiel a lo desconocido y envolvente de lo nocturno. Ya no los dice en su inigualable "Romance de las carretas": "Cuando el día ya no es día/ y la noche aún no llega, . . ." Ahora nos lo advierte desde la ensoñación del paisaje campesino:

**"Cuando la tarde muere y soñolientos  
van hundiéndose en sombras los caminos,  
se duerme entre las frondas ya sin trinos  
el alma vagabunda de los vientos."**

El árbol es símbolo de fuerza, pero también lo es de tristeza, desolación y abandono, y nace así de la intuición del poeta:

**"Aferrado a la tierra, corpulento,  
seméjase, en la calma del paisaje,  
a un peregrino de haraposos traje  
que se detuvo a relatar un cuento. . ."**

El sentimiento de melancolía se reintera en toda la obra de Julián Marchena. Unas veces logra transmitirlo como ese puño cerrado que se detiene en la garganta a la manera de muralla entre el corazón y los ojos, para que no se desborde en sollozo; otras veces goza de ella como una buena copa de vino, entonces el espíritu se regodea en el desconsuelo con una cierta y morbosa alegría:

**"En la apacible calma lugareña  
la luz del sol prolonga su agonía;  
como la tarde es gris, el alma sueña  
y siente gozo en su melancolía."**

Como declamos antes, Julián Marchena es el poeta del crepúsculo, en tanto halló su fuerza en el secreto de ese instante imperceptible. Tiempo cronológico, tiempo lírico y tiempo de la agonía que no alcanza la muerte. Paisaje que Marchena reduce a estos dos versos:

**"Un reloj da la seis y a un tiempo mismo  
se ensombrecen el alma y el paisaje."**

En el tratamiento del paisaje Julián Marchena es un maestro. Esta condición se la debe al hecho del constante ejercicio de la interioridad. Nada como esto para poner al desnudo el desgarramiento y la conciencia de que, más que portador de la palabra, él es palabra. Son válidas aquí las reflexiones de Octavio Paz: "Pues el hombre es inseparable de las palabras. Sin ellas es inasible. El hombre es un ser de palabras... La palabra es el hombre mismo. Estamos hechos de palabras. Ellas son nuestra única realidad o, al menos, el único testimonio de nuestra realidad... lo primero que hace el hombre frente a una realidad desconocida es nombrarla, bautizarla. Lo que ignoramos es lo innombrado... las palabras no viven fuera de nosotros. Nosotros somos su mundo y ellas el nuestro. Para apresar el lenguaje no tenemos más remedio que emplearlo. Las redes de pescar palabras están hechas de palabras." (Octavio Paz: *El arco y la lira*).

Julián Marchena es hoy nuestra palabra. Identificadas palabra, alma y paisaje, nombra su estado:

**"Sobre la fronda húmeda que brillantó el rocío  
miro surgir de pronto blanca paloma en vuelo,  
y al borrarse a lo lejos, entre un claro de cielo,  
yo no sé si es paloma o pensamiento mío."**

**Me sobrecoge al punto un ansia incontenible  
de olvidarme de todo, goces y sufrimientos,  
y dejar que las horas tramen su hilo invisible,  
el alma y el cabello tendidos a los vientos."**

Julián Marchena nunca aceptó la prisión del mundo de lo concreto. En sus poemas se siente cómo el alma se ahoga impotente, enredada en la obligada situación de permanecer impotente, porque los demás exigen la presencia corporal, el testimonio de que se está entre los demás. De aquí este grito dirigido al mundo:

**"¡Yo soy un prisionero de las calles urbanas  
que sufre una invencible nostalgia de praderas!"**

El tiempo del hombre no es el tiempo del poeta. Si Einstein tuvo que cambiar definitivamente las viejas ideas de espacio y tiempo, que habían permanecido inmutables desde tiempo inmemorial, el poeta ha sido siempre el poseedor de su secreto. Este conocimiento, aparentemente pequeño, es el que le otorga poder al creador.

El hombre contemporáneo, devorado por la prisa, aguijoneado desde que nace por las manecillas de un reloj, prisionero del tejido irreversible del pretérito, esclavo del mañana y encadenado engañosamente en el presente, agota siempre toda posibilidad de vivir para la vida. En cambio el poeta exhorta:

“Que no se ofusque tu visión tranquila  
con torpes inquietudes del momento: . . .”

Julián Marchena lo afirma porque sabe que cada instante, medido por su tiempo, es continente de vida, agonía de preguntas e inalcanzables respuestas:

“ . . . toda tu vida encuéntrase formada  
por invisible sucesión de instantes.”

El hombre mismo, tan seguro de su frágil totalidad, es instante, susceptible de ser arrancado por otra mano misteriosa del Tiempo. Aceptado esto, el poeta dice:

“ . . . y día llegará en que no tengas  
como enviar tu presente,  
y en que al impulso de una fuerza extraña  
hayas de huir tú mismo,  
como cualquier instante,

Entonces mirarás con infinito  
dolor tu propia sombra  
que corre tras tus huellas,  
—fiel y torva como un remordimiento—  
seguida de la hilera interminable  
de tus velas vacías.”

El tiempo tiene dos hijas entrañables: la vejez y la ausencia. La primera hace legítima la vida y respalda la historia del hombre; la segunda sensibiliza amargamente eso que muy pocos conocen y que se nombra como soledad. El tiempo puede valerse de la vejez para enseñarle al hombre que existe un espejo en el que se mira sólo una arrugada sombra; pero también puede enseñarle a moldear la existencia y otorgarle la digna estatura y eternizar su luz para que otros permanezcan a su alero para siempre protegidos, para siempre iluminados.

Las ausencias mutilan. De alguna manera cada ser o cosa que perdemos, nos quita sin piedad fragmentos insustituibles de nuestra vida.

La vejez y la ausencia acechan al hombre. Regidas por el tiempo cabalgan sobre el de repente y dan ese zarpazo que genera asombro, impotencia y una especie de anonadada pasión por el deseo de morir.

Julián Marchena lo plasmó tal cual es en su poema "Visión de lejanía":

"La vejez y la ausencia  
son cumbres semejantes:  
desde ambas contemplamos, clara y precisamente,  
lo que hemos sido antes.

Renovarse, cambiar,  
ser otro del que fuimos,  
y luego contemplar  
la huella que dejamos perdida en el sendero  
que un día recorrimos...

Aunque parezca ilógica  
esta verdad vivida,  
Se muere varias veces  
en la vida."

El olvido, pariente del consuelo, y alivio para tanto golpe certero, es también para el poeta oasis y por qué no, esperanza. Tres versos del poema "Deja correr el tiempo..." nos lo confirman:

"Deja correr el tiempo, que ya vendrá el olvido,...

.....  
No desesperes nunca. La sombra es precursora  
de la luz que hay en ti..."

A veces tiempo y paisaje convergen en el regazo amable de la nostalgia. El poeta posee una verdad: existe gracias a un acto de amor y de dolor. Sin embargo, también convive con las dudas de Hamlet y Segismundo, cuando dice:

"...más, de pronto, me invade la certeza  
de haber soñado sin haber vivido."

Cuánto duele llevar el tiempo como un alambre de inquietud entre las venas. Porque duele, con la misma intensidad que abre su herida el instante y deja que su líquido siga para siempre fresco, para enseñarle al hombre su condición de ser en padecimiento y amargura.

No sabe el poeta cuál es la medida que da el principio y el término del dolor. Sólo sabe que el tiempo fluye y que el poeta que existió en Heráclito lo supo. Sabe que el instante es el enamorado del presente ya inasible, pero que cumplió su misión de otorgar la pena o la alegría, la presencia o el absoluto desamparo. Y de este tiempo nos dice el poeta:

"Fluye veloz:  
casi se dan la mano  
bienvenida y adiós."

El amor es uno de los inagotables temas de la lírica de todos los tiempos. En la Edad Media el amor contemplativo y el desdén de la amada; en el Renacimiento el gesto y la mirada hacen posible la más apasionada adoración por la mujer, hasta convertirla en objeto divino; en el Romanticismo, la amada imposible, la amada que debe morir para alimentar el dolor del poeta; en el Parnasianismo y en el Simbolismo la realización lujuriosa y demoníaca de amada y amante y en el Modernismo la princesa frágil, la marquesa frívola, y por qué no, la amada inmóvil. En nuestra época la amada es la sumatoria de todas las amadas; ninguna se constituye en la obsesión definitiva del amante. Sin embargo, nacen poetas como Julián Marchena quien sabe hablarnos de todos los matices del amor acumulados por tantos siglos.

Podemos afirmar que en toda la obra de nuestro poeta la experiencia amorosa también supone fuga y contrapunto. El amor como el tiempo, siempre deja su huella de dolor:

"Si alguna vez, salvando la distancia,  
recogí de un amor la flor divina,  
pronto olvidé la flor y la fragancia  
y guardo aún la huella de la espina."

Nadie ha podido definir categóricamente lo que es el amor o lo que es la belleza. Amor y belleza se revelan con el egoísmo de un relámpago. El poeta desea siempre ser herido por ese rayo y quedar marcado por la huella de esa santa quemadura.

El amor de por sí es tormento y advertencia de soledad. No obstante el hombre lo busca, el poeta lo busca. Se aferra con nostalgia a la idea de su llegada y se aferra más aún al dolor de su partida:

"Sombra en mi pecho y, a mis lados, sombra.  
La boca que yo amé ya no me nombra  
porque la ausencia la bañó en mutismo."

Sólo el poeta puede transmitir la voz del amor. A él se le otorga el privilegio de lo sagrado y por eso el amor y la belleza le conceden de su ser el dardo más agudo, para que nadie se confunda, para que no confunda nadie la pasión con la entrega ciega, que es al mismo tiempo fidelidad y rebeldía encerradas en sí mismas.

El amor ha de ser breve. No debe apaciguarse en la costumbre, porque entonces se aleja a buscar otro nido en el instante. Así nos lo nombra Julián Marchena en su poema "Lo efímero":

"Amo mucho las rosas porque viven  
escasamente un día;  
si fueran inmortales  
ya no las amaría.

Todo lo que se pierde, lo ido, lo que pasa,  
me deja una tristeza mejor que la alegría.  
¡Oh, encanto sin palabras  
de la melancolía!

Amada, yo he de amarte siempre, siempre...  
¡Tú sólo por instantes fuiste mía!"

El tiempo, aliado del amor, presta al sentimiento el rictus del olvido. Si bien el poeta intenta amarrar el amor a la eternidad del siempre, en lo íntimo se sabe condicionado a la ausencia. Es entonces cuando busca los caminos para rebajar esa amargura al tamaño del despecho.

El amor humilla cuando sólo es amor de uno. El poeta toma este desamor y lo convierte en incendio y en venganza de dioses. Afirma entonces que aún posee el arma del olvido para engañar esa furiosa soledad que le arrincona. Y este es el poema de Julián Marchena titulado "El olvido":

¿Ves, Amada?  
¡Qué pronto lo olvidamos!  
Nada nos falta para estar risueños.  
Un tiempo nos amamos,

y ya ese amor distante, perdido en nuestros sueños,  
es como esos paisajes que miramos  
cada vez más pequeños.

No somos lo que fuimos, ni aún lo que seremos.  
¡Nadie lo pensaría!

Sin embargo —más no te pongas fría—  
un hilo de recuerdo nos une todavía  
débil, muy débilmente. . .

¿Lo rompemos?

Todos los amores son siempre la primera vez de un amor. Se siente, como en los primeros años de la despreocupación, la emoción que revolotea en alguna parte abismal de nuestro cuerpo. Es la época en que un líquido invisible acude a nuestros ojos y nos hace mirar con inocencia apasionada. Es, como dice nuestro poeta:

“Vaga emoción de la primera cita  
en que hay algo de trino y de pañuelo. . .”

Pero es también la edad de lo inseguro. Se tiene ese amor y no se tiene; se quiere decir que para toda la vida y se teme la respuesta infiel. En la poesía de Julián Marchena, el yo lírico expresa constantemente la brevedad del amor enredada en la fugacidad del tiempo. De ahí la síntesis poética:

“De ahí mi vida se redujo a eso:  
la dádiva fugaz de algún minuto,  
y el obligado y lóbrego tributo  
de un mundo de dolor por cada beso!”

El amor para el poeta siempre es una verdad. De nada vale que no exista la presencia, porque el recuerdo es siempre el eje al que regresa. En el poema “La sombra y tu recuerdo”, el poeta replantea el conflicto entre la certeza de lo vivido y la verdad de lo soñado:

“Recuerdo al punto tu silueta ausente  
y en emoción mi espíritu se baña,  
pues la miro surgir borrosamente  
como el paisaje que la niebla empaña.

Suave, se acerca a mí, besa mi frente,  
huye luego y se borra de repente  
pues, como tú, también la sombra engaña. . .”

Lo grandioso para el poeta es el hecho de que el amor exista aunque no exista la amada. Amor con mayúscula que está siempre ahí, como lo están la soledad y el olvido. Por eso en el equilibrio de los sentimientos, dolor y esperanza de alguna manera redimen la nostalgia:

"Y al escuchar un pájaro escondido  
que en el remaje llora una romanza,  
pienso en mi amor, que vive de esperanza  
y siempre canta aunque no tenga nido."

Es indudable que todo amor necesita de la caricia, de la comunión en el beso, de esa congoja lacerante que hace posible que dos cuerpos conozcan en la desnudez el ritmo del alma, y esperen con ansia que toda pación sea salvada por la ternura. Julián Marchena, el hombre, el poeta poseedor del secreto de la suavidad del amor que se incendia hacia adentro, conjuga maravillosamente lo sensual y lo sublime en el poema "El beso":

"Sintiendo la piedad de tu mirada,  
la humilde florescencia del ribazo  
a la menuda huella de tu paso  
moría de una muerte perfumada.

Cuando tu juventud amedrentada  
por caricia y sostén buscó mi brazo,  
la tarde se detuvo en el ocaso  
como una mariposa fatigada.

En la profunda paz de aquel retiro  
la tácita elocuencia de un suspiro  
le dio a mi amor su comprensible clave,

y al recibir tu beso, tibio y blando,  
toda mi alma se quedó temblando  
como la rama en que se posa un ave."

El amor y la esperanza en el vuelo supremo, van unidos. No importa al poeta que la presencia física le haya sido arrebatada, ya por el desamor, ya por tiempo, o bien por la muerte. Siempre queda al fondo de toda realidad humana un espacio infinito en el que no podrá negársele la transparente alegría del para siempre.

La vida que se prolonga en otros desconocidos cielos, es el alimento que da resistencia para escalar la vida. La muerte no logra arrebatar ese amor tan sentido, porque la muerte tiene su valor para la vida, pero es importante en el interrogado más allá. El poeta lo asegura en estos versos:

"...pienso con una íntima alegría  
que ya me falta menos para verte.

.....  
Pero una vez que vuelvas a ser mía,  
seguro de que ya no he de perderte,  
sonreiremos los dos con ironía  
como para burlarnos de la muerte."

Hemos dicho que en la poesía de Julián Marchena el amor es delirio por lo inasible, insatisfacción enamorada, fuga, breve presencia; pero es también afirmación de que al menos una amada llega a su mundo para quedarse, para compartir un destino tan frágil y tan pleno de orfandad. Cuatro versos son suficientes para vivir con el poeta la gratitud por este amor:

"Entró en mi pecho tan calladamente  
que creí conocerla desde antes,  
y llegamos a ser tan semejantes  
como dos gotas de una misma fuente."

Toda la obra de Julián Marchena nos prepara para el vuelo supremo. El mismo título "Alas en fuga", nos señala las rutas a seguir.

Ya en los poemas que conforman la parte titulada "Alma y paisaje", se empieza a sentir esa respiración entrecortada que descubre el ansia por la condena del vivir y la intuición de que existe una salida que salve del naufragio.

Todos los hombres sentimos un insustituible temor por eso que Darío llama "lo fatal". Todos los hombres apresuramos nuestros actos para disfrazar la conciencia de que existe un acto único: dejar de vivir para la vida. Cuánto miente el hombre para tratar de acallar esta verdad. Cuánto desatino justificado en el hecho de que sólo se vive una vez. Cuánta insensatez para aturdir la realidad de que nacemos ya predestinados a la ruptura. Cuánto se desdice el hombre para evadir el conocimiento de que si bien él es principio de vida, es también final de vida.

Julián Marchena lo sabe desde el comienzo. Reclama a la vida su vaciedad y su inconsistencia, pero su poeta le acompaña para darle la otra respuesta. No obstante es alto el precio, porque debe vivir lúcido, vigilante de su pequeñez y en rescate de todo aquello que frene el ansia de escapar.

Al poeta no le es permitido salir por la puerta falsa. Debe involucrarse en todos los infiernos, descender a ellos, quemar su cuerpo ya tan herido, en la llama del tiempo.

Esta es parte de su confesión:

"Sufro el cansancio de una vida fútil  
que se consume en torpes devaneos:  
en mi interior se agitan los deseos  
como las velas de una barca inútil."

.....  
A través del oscuro cautiverio  
de la carne y del alma, siempre en llanto,  
abrí los ojos, trágicos de espanto,  
frente a la muda boca del misterio.

Y bien porque la sombra fue muy densa  
o los fulgores demasiado vivos,  
nada pude mirar, sólo una inmensa  
contestación de puntos suspensivos."

No enmudece jamás para el poeta esta fidelidad por lo inevitable, pero no por eso menos amado. No contundamos a Julián Marchena con el poeta enamorado de la muerte. Julián Marchena es el creador que posee el raro privilegio de entender la vida condicionada a una superación divina, que es, en muchos sentidos, una manera gótica de vivir.

Cada poema de su obra "Alas en fuga" es un testimonio de esa virtud. Por eso creó el libro de libros, único, irrepetible, como lo es la palabra del profeta. Nos dio, en una sola pieza, lo que muchos poetas necesitan decir en varios libros. Es en la literatura costarricense el acierto perfecto. Hizo la suma de todos los motivos y la volcó dentro de un cántaro siempre fresco, clarificador y bíblico.

En su poema "Viajar, viajar..." ensaya lo que va a ser su gran poema "Vuelo supremo":

¡Viajar, viajar! Perder lo que se tiene  
por lo que aún no es desconocido.  
Huir en una barca o en un sueño  
hacia el lugar apenas presentido.

.....  
Anhelar el descanso del arribo  
porque nos da lugar a otra partida.

.....  
Ser ala o quilla, voluntad o ensueño,  
un impulso hacia allá, no importa adónde  
y al dar al aire la canción sonora  
oír que es otro el eco que responde.

Y cuando nos marchemos de la vida  
con rumbo hacia otra vida  
¡llevar el corazón paralizado  
siempre en espera de lo inesperado!"

Crear en la resurrección es más que un acto de fe. El poeta sobre todo, hace coincidir cada acto de los instantes de su existencia con el íntimo saber de que ha de renacer renovado, bien en la visualización de lo bello, o bien en potencial de materia para ser moldeado. Lo importante es el hecho de que el poeta afirme a la vez la intuición de lo infinito y el retorno al mundo, siempre y cuando esté regreso tenga validez de belleza:

"No todo ha de morir cuando la fosa  
estruje la materia inanimada;  
la arcilla de mi cuerpo es prodigiosa:  
desaparece y surge renovada.

No sé si convertida en una rosa  
brote después mi carne torturada,  
o si vuelva a la vida misteriosa  
lo mismo en una cruz que en una espada.

Risco será tal vez, acaso espuma,  
enhiesta palma o imprecisa bruma.  
Y si mañana es polvo no más, quiero

que ese polvo final de mi destino,  
se tienda dócilmente en el camino  
hasta que lo recoja un alfarero."

Paciencia hecha de soledad dieron señorío al sendero del poeta. Espera e inquietud contenida cito en estos cuatro versos:

"Y así, calladamente, he de esperar el día  
en que al peso implacable de mi destino torvo,  
la muerte me sorprenda con la copa vacía  
y con los labios húmedos por el último sorbo."

—oOo—

Ha sido para nosotros un difícil ejercicio tratar de apri-  
sionar entre las manos muy cerradas tantas edades del alma.  
Hemos querido transmitir algo de la totalidad del gran poeta  
Julián Marchena. Somos conscientes de que aún falta mucho,  
demasiado. Julián Marchena invita a ser desentrañado minu-  
ciosamente, pero la ocasión exige apenas el rescate de esos  
trozos del alma tan entera que nos sigue iluminando.

Hemos tratado de mostrar en la obra poética de Julián  
Marchena esa fuga como huida permanente, como fuerza, como  
acción y también el contrapunto en la estructura de los poe-  
mas, en tanto composición que gira sobre un tema y se repite  
con diferentes tonos, pero con el logro extraordinario de con-  
cordar armoniosamente voces contrapuestas.

Cinco motivos han guiado nuestro camino: el poeta y el  
poema; el paisaje; el tiempo; el amor y el vuelo supremo. Este  
último no puede quedar inconcluso sin que pongamos nuestra  
voz al servicio de la meta que se propuso el poeta Julián Mar-  
chena: "Vuelo supremo". Y este es el testigo de una vida autén-  
tica:

**"Quiero vivir la vida aventurera  
de los errantes pájaros marinos;  
no tener, para ir a otra ribera,  
la prosaica visión de los caminos.**

**Poder volar cuando la tarde muera  
entre fugaces lampos ambarinos  
y oponer a los raudos torbellinos  
el ala fuerte y la mirada fiera.**

**Huir de todo lo que sea humano;  
embriagarme de azul... Ser soberano  
de dos inmensidades: mar y cielo,**

**y cuando sienta el corazón cansado  
morir sobre un peñón abandonado  
con las alas abiertas para el vuelo."**

**Muchas gracias.**